

Contra la guerra imperialista

V. I. LENIN

Selección de textos (1907 – 1922)



¡Únanse a la lucha de clases internacional contra
la conspiración de la diplomacia secreta, contra el
imperialismo, contra la guerra, por la paz, en el espíritu
del socialismo!

¡El enemigo principal está en casa!

Karl Liebknecht

Contra la guerra imperialista

Vladimir Ilich Lenin
Contra la guerra imperialista

Ediciones Tinta Roja

tintarojaediciones@gmail.com

Primera edición: mayo de 2025

Revisión y corrección

Javier Martín Rodríguez

Estudio introductorio

Iván Álvarez Díaz

Liher Calleja Montero

Edición y maquetación

Iván Álvarez Díaz

Diseño de cubierta:

Pedro Fernández García



ISBN: 978-84-129349-3-9

Depósito legal: M-11851-2025

Impreso en Estugraf, Madrid.

Edición histórica: *Contra la guerra imperialista*, Editorial Progreso
(1979)

V. I. Lenin

Contra la guerra imperialista

Ediciones Tinta Roja
2025

Nota de Ediciones Tinta Roja

El presente volumen es una reedición de la antología publicada en español por la Editorial Progreso en 1978; se ha incorporado un estudio introductorio de nuestra editorial, pero conservando el original de Progreso, pues ayuda a comprender la selección de escritos y el contexto de su publicación.

Se han corregido varias erratas. Asimismo, se han descastellanizado los nombres, tanto en el cuerpo de texto como en el índice final, y se han sustituido algunos términos en absoluto desuso por otros más familiares. (Ejemplo: «melifluos» por «empalagosos»).

Se han conservado todas las notas a pie de página de Progreso, señalizadas con la abreviatura «PR»; las notas a pie de página del propio Lenin se señalan como tales, y las notas de Tinta Roja están indicadas con la abreviatura «TR». La numeración de las mismas se reinicia en cada capítulo. En cuanto a las referencias al final de cada capítulo, se han adaptado para que remitan a las *Obras Completas* editadas por Progreso en 1987.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

El marxismo-leninismo contra la guerra imperialista en el siglo XXI

1. La guerra imperialista en el siglo XXI

De las abundantes aportaciones políticas que Vladimir Ilich «Lenin» legó al movimiento obrero y comunista internacional, no sería arriesgado decir que su teoría del imperialismo ha sido la que mayor peso alcanzó en la tradición de pensamiento marxista. La teoría del imperialismo de Lenin tiene su exposición canónica en el opúsculo *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, escrito en la primavera de 1916, pero ha sido ejercitada y desarrollada en innumerables escritos y discursos posteriores, algunos de los cuales se ofrecen en el presente volumen. La posición del movimiento comunista frente al imperialismo, y los conflictos que engendraba, fue la línea que deslindó los campos de la revolución y el oportunismo, y sin ella no podría entenderse la conformación de la III Internacional y, consiguientemente, tampoco la lucha antifascista o los procesos de descolonización. La centralidad de la lucha contra el imperialismo en cuanto régimen económico y político que envolvía el globo, y no como política agresiva de una potencia militar, es una de las líneas maestras que define a la corriente marxista revolucionaria tras octubre de 1917.

En el momento que se escriben estas líneas (a principios de 2025), aparecen en los periódicos y noticieros la guerra de Ucrania y el genocidio en Gaza. Situación de extrema gravedad

no solo por la crudeza de estos conflictos, sino por la gran capacidad destructiva que tienen algunas de las potencias implicadas. A ello se suma el reciente derrocamiento del gobierno sirio de Assad y todos los demás conflictos armados que se dan a lo largo y ancho del mundo, alcanzando más de medio centenar. Merecen mención también los globos sonda emitidos por la incipiente nueva administración Trump, mensurando la opinión pública y las reacciones internacionales a la idea de anexionar Canadá, Groenlandia o el Canal de Panamá. Si bien cada una de estas pugnas tiene sus particularidades, nos permiten componer un cuadro general que ilustra una escalada bélica, un panorama conflictivo que desfigura las ilusiones de comunidades internacionales armónicas, o mundos multipolares equilibrados, pues la guerra es la continuación de la política por otros medios. Esta idea es esencial para comprender las guerras, y bien merece un desarrollo.

Al contrario de lo que se presenta a menudo en columnas de mercenarios del escrito y tertulias televisivas, las guerras no son fenómenos reductibles a motivaciones subjetivas. Según esto, las guerras en Oriente Próximo no serían la resultante de la agresividad de Donald Trump o Netanyahu, o de la codicia de los petroleros tejanos, como tampoco la guerra en Ucrania puede contemplarse como fruto del delirio de Vladimir Putin. Estas burdas explicaciones brindadas por la prensa burguesa, que no por burdas dejan de tener raigambre en las concepciones populares, no son más que extensiones ideológicas del *Homo homini lupus* de Plauto o los planteamientos de Hobbes, donde la guerra era el resultado de «pasiones naturales», como si de la conflictividad territorial entre manadas de animales se tratase. Parece que, sin necesidad de presentar lucha política, bastase con enviar a unos cuantos gobernantes a terapia psicológica para aplacar sus impulsos más pendencieros. Tal como señala Lenin en su conferencia «La Guerra y la revolución» este es un «prejuicio filisteo, hijo de la ignorancia, de que es posible separar

la guerra de la política de los gobiernos correspondientes, de las clases correspondientes; de que la guerra puede ser considerada, a veces, como una simple agresión que altera la paz y que termina con el restablecimiento de esa paz violada». Y prosigue: «¿Es que se puede explicar la guerra sin relacionarla con la política precedente de este o aquel Estado, de este o aquel sistema de Estados, de estas o aquellas clases? [...] ésta es la cuestión cardinal, que siempre se olvida, y cuya incomprensión hace que, de diez discusiones sobre la guerra, nueve resulten una disputa vana y mera palabrería» (página 351 del presente volumen).

El marxismo-leninismo ubica el fundamento de las guerras entre los Estados en la política, o más concretamente, en la economía política, en las relaciones sociales que articulan el modo de producción capitalista; a saber, la reproducción ampliada de capital, la competencia o la exigencia de beneficios. Relaciones sociales desplegadas por las clases sociales en pugna, y a las que éstas se encuentran subordinadas. Desde las coordenadas del marxismo-leninismo, las guerras actuales, y las venideras, se encuadran en lo que denominamos «imperialismo», entendido como época particular, como fase superior del capitalismo. Ahora bien, ¿cómo caracterizaríamos al imperialismo en la actualidad?

2. Características del imperialismo en la actualidad

2.1 La definición leninista del imperialismo

A pesar de que Lenin advirtió que las definiciones tienden a simplificar el propio objeto de estudio, ya que en sus propias palabras «jamás pueden abarcar en todos sus aspectos las relaciones de un fenómeno en su desarrollo completo», nos vemos obligados a reproducir su definición de imperialismo, porque sitúa muy ilustrativamente sus elementos esenciales: «el imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha

tomado cuerpo la dominación de los monopolios y el del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trust internacionales y ha terminado el reparto de toda la Tierra entre los países capitalistas más importantes»¹.

Además de estos rasgos esenciales Lenin propone otros elementos distintivos del imperialismo. Por un lado, caracteriza el imperialismo como capitalismo en descomposición, ya que el monopolio trae consigo una tendencia al estancamiento, fundamentalmente porque hace que se estanquen los estímulos para el desarrollo científico-técnico bajo la economía capitalista. Dos ejemplos de este fenómeno los podemos ver en la instauración de precios monopolistas entre las grandes empresas o en el papel de las patentes, las cuales frenan el desarrollo de ciertas tecnologías que podrían ser de gran trascendencia en la actualidad (por ejemplo, vinculadas al uso y desarrollo ciertas energías renovables, cura de ciertas enfermedades o con la obsolescencia programada).

Otro elemento es el carácter parasitario. Esto se debe al incremento exponencial del sector rentista, que, en palabras del propio Lenin, vive del «corte de cupones». Esta hipertrofia del sector improductivo y especulativo se puede ver en el gran poder político y económico que ha acaparado la banca, pero también las llamadas instituciones financieras no bancarias (fondos de inversión, aseguradoras y otros intermediarios financieros), que representan el 50% de los activos de servicios financieros globales y que están poco reguladas. En nuestros días, cada vez es más común que accionistas y grandes propietarios tengan un menor vínculo personal con la actividad concreta de sus empresas, delegando las tareas de dirección y administración a asalariados intermedios, reconfigurando así la composición de clase de las mismas.

El último elemento a mencionar es el carácter agonizante y transitorio del imperialismo. Y es que la base económica del

¹ Lenin, V.I., «El imperialismo, fase superior del capitalismo» en *Obras completas*, vol. XXVII, Editorial Progreso, p. 406

imperialismo, el monopolio, entra en abierta contradicción con el ambiente en el que ha nacido y en el que inevitablemente se halla inserto: la propia producción mercantil y competencia capitalista. Así pues, la fase monopolista del capitalismo no es más que la antesala de la nueva sociedad socialista-comunista. De forma concisa, en sus obras *El imperialismo y la escisión del socialismo* y *El imperialismo fase superior del capitalismo*, respectivamente, Lenin menciona este elemento de la siguiente manera:

«Se comprende la razón de que el imperialismo sea un capitalismo agonizante, en transición hacia el socialismo: el monopolio, que nace del capitalismo, es ya su agonía, el comienzo de su tránsito al socialismo».

«Pero el capitalismo se trocó en imperialismo capitalista únicamente cuando llegó a un grado determinado, muy alto, de su desarrollo, cuando algunas de las características fundamentales del capitalismo comenzaron a convertirse en su antítesis, cuando tomaron cuerpo y se manifestaron en toda la línea los rasgos de la época de transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada»².

2.2 *El monopolio*

Una vez expuestos los principales rasgos distintivos del imperialismo, merece la pena detenerse brevemente en uno de sus elementos más importantes, el monopolio, ya que cómo acabamos de mencionar constituye su base económica. Por esta razón Lenin definió el imperialismo como capitalismo monopolista y declaró que «la sustitución de la libre competencia por el monopolio es el rasgo económico fundamental, la esencia del imperialismo»³.

2 Lenin, V.I., «El imperialismo y la escisión del socialismo» en *Obras completas*, vol. XXX, Editorial Progreso, pp. 170-186.

3 Ibid.

Algunos defensores de un capitalismo más «humano» o «social», contrapuesto al realmente existente, plantean la posibilidad de que exista un capitalismo desarrollado, pero sin monopolios⁴, o por lo menos, sin sus efectos más nocivos en el desarrollo económico, político y social. Esta concepción contiene un elemento apriorístico equivocado desde el punto de vista leninista. Así pues, conciben los monopolios (o el término alternativo que utilicen para hacer referencia al mismo fenómeno socioeconómico) como una desviación no deseable del capitalismo.

Sin embargo, la economía política marxista, nos muestra que los monopolios surgen inevitablemente de la libre competencia capitalista⁵, ya que dicha competencia favorece la concentración

4 Nos referimos a la categoría leninista de monopolio y no al de la economía política burguesa. Esta última, entiende el monopolio como una cuestión meramente cuantitativa, en el que en un mercado determinado sólo existe una empresa o muy pocas empresas. De hecho, en términos estrictos, para la economía política burguesa rara vez se da una situación monopolista, sino más bien oligopólica. Por el contrario, Lenin utiliza un criterio eminentemente político, que sirve para diferenciar cualitativamente un tipo de empresas (monopolistas) con otras (las no monopolistas), independientemente del número que podamos encontrar en un mercado concreto. De forma muy resumida, los monopolios tendrían el rasgo diferenciador de controlar de forma directa o indirecta varias ramas vinculadas de una forma u otra a su sector productivo (desde la extracción de materias primas, procesamiento, embalaje y almacenamiento, hasta cierto control sobre las rutas de transporte, comunicaciones, medios financieros, etc.). Por esta razón Lenin también las llama empresas combinadas, en contraposición a las empresas simples. Para profundizar en el tema se recomienda leer el texto *del Imperialismo, fase superior del capitalismo*.

5 Relacionado con la categoría de monopolio, cuando nos referimos a la libre competencia, lo hacemos también desde la nomenclatura leninista. El concepto libre no es literal, en el sentido de que exista la competencia capitalista ideal descrita por los economistas burgueses. Es decir, Lenin no se refiere a la competencia capitalista «perfecta». Por el contrario, vincula la libre competencia al capitalismo en el que dominaban las empresas simples o no monopolistas (también llamado capitalismo pre-monopolista) en contraposición a la competencia que surge bajo el dominio de los monopolios o empresas combinadas (competencia monopolista).

y centralización del capital necesaria para engendrarlos. A nivel histórico, podríamos decir que el capitalismo monopolista empieza a gestarse en torno al año 1860 y se entra de lleno en esta fase a principios del siglo XX. En este largo proceso, la crisis de 1873 supuso un punto de inflexión, donde se dio un acelerado impulso al proceso de concentración y centralización del capital.

En este sentido, podemos afirmar que los monopolios, si bien no nacen a la vez ni de la misma forma en todos los países, son una tendencia general del capitalismo a nivel global. Hay ejemplos tanto de países con fuertes políticas arancelarias a principios de siglo XX como, por el contrario, países con un sistema de mayor libre cambio. En ambos casos la irrupción de los monopolios, de una forma u otra, fue inevitable. Después de analizar los datos y las consecuencias de ambas políticas Lenin acabó formulando la siguiente reflexión: «Los hechos demuestran que las diferencias entre los diversos países capitalistas, por ejemplo, en lo que se refiere al proteccionismo o al librecambio, traen aparejadas únicamente diferencias no esenciales en cuanto a la forma de los monopolios o al momento de su aparición, pero que la aparición del monopolio, debida a la concentración de la producción, es una ley general y fundamental de la presente fase de desarrollo del capitalismo»⁶.

Ahora bien, ¿qué implicaciones económicas y políticas acarrea el surgimiento de los monopolios?, ¿suprimen la competencia capitalista?, ¿y la democracia? Todas estas preguntas necesitarían un ensayo específico para poder dar una respuesta pormenorizada. Sin embargo, podemos exponer unas pocas reflexiones que ayudan a aclarar estas legítimas consideraciones.

En primer lugar, en cuanto a la libre competencia, hemos de partir de la base de que la idea de la competencia perfecta que fundamenta y deriva teóricamente de la libre competencia

6 Ibid., pp. 330.

capitalista es un mito. Las normas ideales que la economía política burguesa propone nunca se han cumplido, ni se cumplirán. No obstante, en la fase monopolista del capitalismo la farsa se hiperboliza. En palabras de Lenin:

«Los monopolios, que surgen de la libre competencia, no la eliminan, sino que existen por encima de ella y al lado de ella, dando origen así a contradicciones, roces y conflictos particularmente agudos y bruscos».

Es importante una lectura atenta para no caer en las manidas críticas de esta obra de Lenin, como que en ella se nos presenta un «capitalismo nuevo», donde la lógica de la competencia se ve desplazada por la concentración y centralización de los capitales; hay un corte entre diferentes fases y, por ende, funcionan otras leyes. Pero Lenin ya se adelantó a esta chatarra académica, pues insiste en que

«Naturalmente que bajo el capitalismo el monopolio no puede nunca eliminar del mercado mundial de un modo completo y por un periodo muy prolongado la competencia»⁷

El marxismo-leninismo contempla que el imperialismo se mueve por la dialéctica entre la lucha constante por la posición de monopolio y la pérdida de esa posición a través de la competencia, frente a concepciones que contraponen competencia y monopolio en abstracto. La concentración y centralización de capital también puede ir acompañada de la descentralización administrativa y competencia entre filiales o diferentes estructuras de gestión de grandes capitales. Enfrentados por la competencia de los precios, los monopolios, trusts y carteles constituyen cadenas de valor internacionales donde se externalizan los componentes de la producción más intensivos en mano de obra, y los proveedores entran en fuerte contienda para conseguir las mejores condiciones.

7 Ibid., pp. 313 y 449.

Por lo tanto, si las normas de la libre competencia capitalista nunca se llegaron a cumplir a rajatabla bajo el capitalismo pre-monopolista, en el capitalismo monopolista las asimetrías y desbarajustes en este ámbito se multiplican, la competencia se eleva a un nuevo estadio. De forma vulgar podríamos decir que la competencia capitalista se sitúa en 3 niveles diferentes: entre las pequeñas/medianas empresas, entre los monopolios y las pequeñas/medianas empresas y, entre los propios monopolios.

Si bien el primer nivel es el que más se asemejaría a la libre competencia del capitalismo pre-monopolista, las reglas cambian en los niveles donde los monopolios entran en juego. Los monopolios en cierta forma «juegan» a una competencia «al margen» (por eso Lenin la califica como «encima y al lado»), en la que las armas que utilizan son de lo más variadas y contundentes. Desde el espionaje y el boicot industrial, el establecimiento de precios monopolistas y el *dumping*, hasta la utilización cada vez más directa del Estado para impulsar guerras comerciales o guerras «convencionales», entre otros. En definitiva, la competencia capitalista se agudiza a niveles extremos, se vuelve más agresiva y autoritaria, donde los elementos extraeconómicos se utilizan con más frecuencia y determinación.

En cuanto a la cuestión de la democracia bajo el imperialismo, la reflexión es aparentemente sencilla: el materialismo dialéctico establece que las instituciones políticas, jurídicas e ideológicas están entretejidas en un determinado orden económico, que las fundamenta. De esta forma, el capitalismo, frente a su periodo ascensional, en su fase imperialista tiende a la descomposición y al estancamiento, y por ello se ve forzado a limitar la capacidad de intervención de las clases trabajadoras en la política institucional incluso en las democracias burguesas más consolidadas, de aumentar sus mecanismos de control y represión en la vida social para garantizar el normal discurrir de la sociedad burguesa, y, como

ya se ha mencionado, interviene y participa activamente en la defensa de los intereses de los monopolios tanto interna como externamente.

Esta es la razón por la que Lenin aseguró que el imperialismo tiende a la reacción en todos los sentidos, y por ese mismo motivo, sería crédulo pensar que puede coexistir una economía monopolista con una política «no monopolista». Esta es la razón por la que Lenin aseguró que «el monopolio, por cuanto está constituido y maneja miles de millones, penetra de un modo absolutamente inevitable en todos los aspectos de la vida social, independientemente del régimen político y de cualquiera otra “particularidad”»⁸.

2.3 La relación de la teoría leninista del imperialismo con Marx

El énfasis de Lenin en el estudio del imperialismo no es caprichoso: consideró el análisis del imperialismo como la forma contemporánea de estudiar la base económica del capitalismo. Desde un inicio ya concibió el imperialismo, no como un fenómeno exclusivo a un número determinado de países, sino como un fenómeno global. Precisamente de la asimilación del imperialismo como un sistema mundial, constituido en su base como un conjunto de relaciones económicas, se puede entender el estudio del imperialismo de Lenin como una extensión del estudio del capital por parte de Marx.

Estas reflexiones las podemos ver condensadas el *Prefacio* del libro *La economía mundial y el imperialismo* de Nikolái Bujarin que «La cuestión del imperialismo es, no sólo una de las más esenciales, sino puede decirse que es la más esencial, en el dominio de la ciencia económica que estudia las transformaciones contemporáneas del capitalismo. (...) El análisis del carácter y

8 Ibid., pp. 372.

de las tendencias esenciales del imperialismo, que es un conjunto de relaciones económicas en el capitalismo, completamente maduro y altamente evolucionado de hoy día»⁹.

En otras palabras, del mismo modo que Marx concluyó que debía comprender la esencia económica del capital para entender los fenómenos y el funcionamiento de la sociedad burguesa, Lenin recogió el testigo y profundizó el análisis bajo la nueva fase del capitalismo. Este nexo entre la teoría de Marx (y Engels) con la de Lenin muestra la cosmovisión marxista-leninista como algo vivo y en desarrollo. Existe una continuidad orgánica entre ambos y no una negación como algunos teóricos pretenden promover.

Hemos de tener en cuenta que Marx y Engels analizaron el modo de producción capitalista antes de la irrupción completa de los monopolios. Por límites históricos muy concretos, analizaron el capitalismo en la fase de la libre concurrencia, por lo que no sería justo afirmar que existe una confrontación directa con las posteriores exposiciones de Lenin sobre el desarrollo del capitalismo.

Sin embargo, una de las características de cualquier estudio científico es su capacidad de predicción. De este modo, aunque Marx solamente conociera la época pre-monopolista del capitalismo, pudo encontrar en la competencia y la acumulación capitalista (facilitadoras de la centralización y concentración del capital) una tendencia generalizada en la que desembocaría el capitalismo monopolista. Un ejemplo de ello es el capítulo XXIV del libro primero de *El Capital*, donde se desarrollan exhaustivamente cuestiones relativas a la acumulación capitalista:

«Esta expropiación se efectúa mediante el juego de las leyes inmanentes de la propia producción capitalista, mediante la

9 Lenin, V.I., «Prefacio», en Bujarin, N., *La economía mundial y el imperialismo*, Ruedo Ibérico, p. 3.

centralización de capitales. Cada capitalista mata a otros muchos. Paralelamente con esta centralización o expropiación de muchos capitalistas por pocos, se desarrolla la forma cooperativa del proceso de trabajo a una escala cada vez mayor, la aplicación de la técnica consciente de la ciencia, la explotación sistemática de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo utilizables solamente en común, la economización de todos los medios de producción mediante su empleo como medios de producción del trabajo combinado, social, la absorción de todos los países en la red del mercado mundial y, con ello, el carácter internacional del régimen capitalista.(...) La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que resultan incompatibles con su envoltura capitalista»¹⁰.

Después de su muerte, este proceso de concentración y centralización del capital se acentuó, con lo que la tendencia a la monopolización se convirtió en la característica principal del régimen capitalista. Este es el contexto en el que Lenin tomó el relevo y desarrolló todo un exhaustivo análisis de la época monopolista del capitalismo, bautizándola como «fase superior del capitalismo».

Otro argumento que reafirma esta tesis de la continuidad teórica, constituyendo así una única unidad ideológica, lo encontramos en el esfuerzo teórico y bibliográfico de Lenin que precedió a la redacción de su ya citada obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

El redactado de este folleto estuvo precedido de un grandísimo esfuerzo de investigación científica, de recopilación de datos y de análisis de numerosas obras sobre el capitalismo en Rusia y en el mundo entero. Por un lado, Lenin realizó un profundo esfuerzo teórico en analizar el desarrollo económico de la época, principalmente vinculado al proceso de consolidación de los monopolios. Algunas de sus obras fueron: *Las enseñanzas de la crisis*, *La concentración de la producción en Rusia*, *El crecimiento*

10 Marx, K., *El Capital*, Vol. I., Siglo XXI, p. 854.

de la riqueza capitalista, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, etc. Todo esto se dio antes de la I Guerra Mundial, donde se centró en el análisis pormenorizado de Rusia (por ser su país de origen y tratar de aportar al proceso revolucionario en dicho país) y de las tendencias generales del desarrollo de la economía capitalista mundial, con la finalidad de elaborar una tesis que sirviera para afrontar las transformaciones socioeconómicas que se estaban gestando en aquella época.

Posteriormente, investigó durante varios años una enorme cantidad de libros sobre economía, guerra, colonialismo, etc., y también cientos de datos, artículos e informaciones de algunas de las principales potencias del momento con el fin de entender mejor las dinámicas generales que se estaban desarrollando. Todo este esfuerzo se puede comprobar en la bibliografía consultada a la hora de redactar sus conocidos como *Cuadernos sobre el imperialismo*, donde durante aproximadamente dos años, además de continuar con el estudio de *El Capital* de Marx, analizó por lo menos 148 libros, 232 artículos y 49 publicaciones periódicas, principalmente de fuentes alemanas, francesas e inglesas.

Estos hechos también desmienten otro mito ampliamente difundido en nuestros días: además de por su acierto y rigor, demostrado en el desarrollo de la práctica social histórica, la teoría leninista del imperialismo, y específicamente su síntesis en el folleto *El imperialismo, fase superior del imperialismo*, no se puede, ni mucho menos, considerar una aportación poco fundamentada, ya que acumula un valiosísimo esfuerzo de investigación de un gran valor metodológico.

2.4 El sistema imperialista internacional

Denominamos sistema imperialista internacional al sistema que componen el conjunto de Estados capitalistas del mundo. Éstos se convierten en eslabones de una cadena de relaciones,

donde cada país se encuentra en una posición más o menos aventajada (es decir en una posición superior o inferior) en base a sus diferencias en el poder económico, político y militar.

El sistema de relaciones al que hacemos referencia es un reflejo de la estructura capitalista mundial, donde el papel de cada Estado está determinado por el desarrollo desigual del capitalismo en cada país. Resulta muy significativo el análisis que los bolcheviques realizaron en 1924 de cara a trazar su estrategia y táctica para la revolución mundial. En un momento en que la internacionalización del capital era mucho menor que ahora, los bolcheviques ya advertían que la configuración del mundo capitalista se daba en un sistema de eslabones y encadenamientos. En *Los fundamentos del leninismo*, observamos cómo Stalin afirmaba la importancia de comprender el imperialismo como un sistema mundial e interrelacionado:

«Antes, el análisis de las premisas de la revolución proletaria solía abordarse desde el punto de vista del estado económico de tal o cual país. Ahora, este modo de abordar el problema ya no basta. Ahora hay que abordarlo desde el punto de vista del estado económico de todos o de la mayoría de los países, desde el punto de vista del estado de la economía mundial, porque los distintos países y las distintas economías nacionales han dejado ya de ser unidades autónomas y se han convertido en eslabones de una misma cadena, que se llama economía mundial; porque el viejo capitalismo “civilizado” se ha transformado en imperialismo, y el imperialismo es un sistema mundial (...) Ahora hay que hablar de la existencia de condiciones objetivas para la revolución en todo el sistema de la economía imperialista mundial, considerado como una sola entidad; y la presencia, dentro de este sistema, de algunos países con un desarrollo industrial insuficiente no puede representar un obstáculo insuperable para la revolución, si el sistema en su conjunto o, mejor dicho, puesto que el sistema en su conjunto está ya maduro para la revolución. (...) Ahora hay que hablar de la revolución proletaria mundial, pues los distintos frentes nacionales del capital se han convertido en otros tantos eslabones de una misma cadena, que se llama frente mundial

del imperialismo y a la cual hay que contraponer el frente general del movimiento revolucionario de todos los países»¹¹.

Para ilustrar de forma pedagógica el sistema imperialista internacional, utilizamos el concepto de pirámide imperialista. Esta metáfora visual sirve para entender mejor el imperialismo como sistema en su conjunto. Evidentemente, toda metáfora tiene sus limitaciones y no puede representar, ni sustituir, el objeto en sí, sin embargo, consideramos que la pirámide es una representación bastante fiel. Por un lado, en la punta más alta de la pirámide encontramos unos pocos países, las principales potencias, las más poderosas. Según descendemos hacia la base de la pirámide, encontraremos un mayor número de países, con menor poder y capacidad de influencia.

Además, esta metáfora también representa el hecho de que muchos países no están ni por encima ni por debajo de sus competidores, sino «al lado». Esto se debe a que la posición de cada país en el seno de la pirámide imperialista se basa en su poder económico, político y militar, por lo que existen Estados que a pesar de que tengan una relativa capacidad de influencia similar, en términos absolutos, la distribución de su poder económico, político y militar es diferente. Del mismo modo, la composición de la pirámide refleja el estado actual de la correlación de fuerzas entre los países capitalistas. En este sentido, cada posición está sujeta al cambio constante, debido al desarrollo desigual capitalista que a su vez trae consigo nuevos cambios en la correlación de fuerzas a nivel mundial.

Un punto importante que cabe matizar es la polémica que se da con el concepto de «un puñado de países» imperialistas, del que hablaba Lenin. Esta afirmación se suele utilizar para defender que sólo los países capitalistas más poderosos son imperialistas, mientras que el resto son subordinados. Sin

11 Stalin, I., *Los fundamentos del leninismo*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, p.29

embargo, es necesario no desatender el contexto histórico. Si Lenin se refiere a un puñado de países se debe a que por aquel entonces eran, efectivamente, pocos los países en los que se habían desarrollado las relaciones de producción capitalistas hasta alcanzar la fase monopolista y de dominio del capital financiero, siendo también capaces de imponerlas y desplegarlas por cada vez más regiones del mundo.

Además de esto, una lectura en profundidad de Lenin nos deja ver que el puñado de países al que hace referencia son los pocos países que están en la cúspide de la pirámide, sin que esto signifique que estos sean los únicos países que forman parte del sistema imperialista internacional. Así pues, los países que ocupan una posición intermedia o baja en la metáfora visual de la pirámide imperialista, también son parte del sistema imperialista, simplemente, dada la correlación de fuerzas actual, tienen una menor capacidad para imponer sus intereses.

Igualmente, lo que algunos teóricos conciben como una lucha entre dos mundos, o un sistema multipolar, realmente son expresiones de una aguda confrontación y disputa por «tomar» la cima de la pirámide, o en su defecto, escalar posiciones. En este mismo sentido, la posición de cada Estado capitalista en el seno de la pirámide, no está determinada por su carácter más o menos agresivo, sino por el global de su capacidad política, económica y militar. La táctica internacional de cada Estado concreto es la política resultante de la correlación de fuerzas entre los diferentes sectores de la burguesía y sus aliados internacionales en la búsqueda de la mejor vía para extender su actividad y elevar su nivel de influencia. Esta reflexión queda muy bien reflejada en la siguiente consideración de Lenin:

«La fuerza varía a su vez en consonancia con el desarrollo económico y político; para comprender lo que está aconteciendo hay que saber cuáles son los problemas que se solucionan con los cambios de la fuerza, pero saber si dichos cambios son “puramente”

económicos o extraeconómicos (por ejemplo, militares), es un asunto secundario que no puede hacer variar en nada la concepción fundamental sobre la época actual del capitalismo. Sustituir el contenido de la lucha y de las transacciones entre las alianzas de los capitalistas con la forma de esta lucha y de estas transacciones»¹².

2.5 La composición y las alianzas bajo el sistema imperialista internacional

Partimos de la base de que el carácter de cada país no se puede determinar por su posición relativa en la pirámide imperialista. Es decir, no se determina por su comparación con los países de la cúspide, que suelen ser los que más desarrollo capitalista han alcanzado. Para concretar su carácter se ha de analizar sus fuerzas productivas, sus relaciones de producción y su desarrollo monopolista.

Partiendo de este punto, podemos afirmar que todos los países capitalistas se integran de una forma u otra en la pirámide imperialista ya que:

- 1) Existe un desarrollo y consolidación de sus monopolios¹³.
- 2) Exportan capitales y extraen plusvalía en terceros países.
- 3) Participan en alianzas del capital financiero, en uniones políticas y en alianzas militares interestatales (ya sean regionales o internacionales).

Esta es la razón por la que afirmamos que todos los países capitalistas se eslabonan en el sistema imperialista internacional, el cual tiene forma de pirámide (con una cima o cúspide y con posiciones intermedias que llegan hasta lo más

12 Lenin, V.I., «El imperialismo, fase superior del capitalismo», p. 391.

13 Al hacer referencia al componente nacional de la burguesía, o en expresiones del tipo «sus monopolios» o «monopolios propios», nos referimos a los monopolios que operan en un país determinado siendo la figura dominante en la estructura económica.

bajo, hasta la base), independientemente del desarrollo relativo de sus fuerzas productivas y del camino que hayan tomado a la hora de integrarse en unas u otras alianzas internacionales.

Consideramos que un país donde predominan los monopolios, a pesar de no tener por qué estar situado en la cúspide de la pirámide, está inserto en el sistema imperialista internacional. Pueden darse países donde coexistan situaciones de atraso económico, sin embargo, esto no niega su desarrollo monopolista, ni la concentración ni centralización del capital. Por lo tanto, tampoco niega su integración en el sistema imperialista internacional. Este matiz es importante. Que estén integrados en el sistema no implica que cumplan un mismo papel, ni que puedan imponer un mismo nivel de dominio. Conlleva que «juegan» a un mismo «juego», el de defender a los monopolios dominantes y extraer la máxima plusvalía posible a la clase obrera. De este modo, actualmente todos los países capitalistas exportan e importan capitales, fomentan políticas anti-obreras y anti-populares y participan en alianzas con otros países capitalistas a nivel regional y/o mundial para defender a sus monopolios, independientemente del rango que estos tengan.

Todo país capitalista exporta e importa capitales (incluso los que se sitúan en posiciones más bajas de la pirámide), y esto constituye una de las principales características para evaluar la posición de cada país en el seno de la pirámide, aunque no la única. Este fenómeno se puede observar principalmente a través de la Inversión Extranjera Directa (IED), aunque también por otras vías, como las inversiones en cartera, las exportaciones de capital a través de los propios Estados y los fondos y préstamos interestatales (como los que se realizan a través del Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial o el Banco de Pagos Internacionales).

De igual forma, de cara a poder competir mejor con el resto de Estados capitalistas y escalar posiciones en el marco del

sistema imperialista internacional, todos los Estados crean o se adscriben a alianzas capitalistas internacionales. Lograr un mejor «reparto del botín» es lo que motiva este fenómeno.

Por lo tanto, podemos afirmar que la burguesía de cada país participa en las diferentes uniones imperialistas para promocionar sus propios intereses, en base a la lectura concreta que hagan sus grupos monopolistas y, de esta forma, se generan alianzas y contra-alianzas. La competencia capitalista en el mundo conlleva pugnas por el control de los recursos, de las rutas de comercio y la expansión de los mercados y, por lo tanto, la existencia de las alianzas imperialistas es inevitable.

2.6 La interdependencia desigual

Una vez aclarado el concepto del sistema imperialista mundial y su composición, hemos de pormenorizar cómo son las relaciones que se dan en su seno, cuáles son sus características esenciales.

El concepto de interdependencia desigual es el que hasta ahora mejor define este tipo de relaciones mutuas en el seno de la pirámide imperialista. Estas relaciones constituyen un reflejo político de la estructura económica del sistema imperialista internacional, que se caracteriza, además de por una altísima socialización del trabajo y una profunda concentración y centralización capitalista, por una interdependencia económica entre sectores empresariales, entre territorios a lo interno de los países y entre los propios Estados burgueses.

Del mismo modo que mencionábamos cómo los bolcheviques, especialmente Lenin y Stalin, situaban elementos configuradores de lo que hoy concebimos como interdependencia desigual, Marx y Engels también llegaron a señalar este fenómeno de forma más embrionaria. En el *Manifiesto del Partido Comunista* se afirmaba que: «Ya no reina aquel mercado local y

nacional que se bastaba así mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones».

Con el ascenso de los monopolios el fenómeno de la interdependencia económica aumentó inevitablemente. Así, todos los eslabones del capitalismo mundial se fueron paulatinamente integrando en el sistema imperialista internacional. Fundamentalmente para poder llevar a cabo la reproducción ampliada capitalista y para extender dichas relaciones sociales a cada país. Todo esto es lo que llevó a Lenin a definir el imperialismo como sistema mundial, constituido por relaciones entre todos los países del mundo, que en sus propias palabras pasan a ser «eslabones en la cadena de operaciones del capital financiero mundial». De hecho, el avance del capitalismo ha desarrollado muchas formas de interdependencia en forma de asociaciones internacionales y regionales: desde el BM, FMI o OMC, hasta los TLC u otras asociaciones de cooperación e integración regional.

Como veremos más adelante, la interdependencia se da de forma multifacética y multidireccional, por eso la categorizamos como desigual. Resulta muy significativo cómo Lenin ironizaba con la desesperación de Keynes debido al fuerte endeudamiento de los Estados tras la I Guerra Mundial. A raíz de la obra de Keynes titulada *Las consecuencias económicas de la paz*, Lenin describió la interdependencia de aquella época en su *Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista*:

«No sólo las colonias y los países vencidos se ven reducidos a un estado de dependencia; en el interior del mismo de cada país victorioso se han desarrollado las contradicciones más agudas, se han agravado todas las contradicciones capitalistas. (...) Tomad las deudas del Estado. Sabemos que las deudas de los principales Estados europeos han aumentado, de 1914 a 1920, no menos de siete veces. (...) Keynes ha llegado a la conclusión de que, con el tratado de Versalles, Europa y el mundo van a la bancarrota. (...) no

quedaban más que dos potencias que actúan hoy independientes en el mundo: Inglaterra y Norteamérica. Pero solo Norteamérica ha quedado absolutamente independiente desde el punto de vista financiero. Antes de la guerra, era deudora; hoy sólo es acreedora. Todas las demás potencias del mundo han contraído deuda»¹⁴.

La mencionada interdependencia se caracteriza por una desigualdad intrínseca. Los estudios económicos sobre el capitalismo de Marx concluyeron que el desarrollo desigual del capitalismo era algo consustancial al mismo, por lo que este fenómeno también se expresa en el marco del sistema imperialista internacional.

Lenin en su época analizó cómo el desarrollo económico desigual entre las principales potencias del momento engendró distintas formas de «control» o «dependencia». Un ejemplo fue la diferencia entre Francia (que ejercía un control usurario a través del préstamo), Inglaterra (con una exportación de capitales vinculada a sus grandes colonias) o Alemania (que al no tener colonias diversificaba sus exportaciones en grandes inversiones de capitales a países avanzados de Europa y a los Estados Unidos).

Sin embargo, también se dio cuenta de que estas relaciones de interdependencia desigual no se daban exclusivamente entre los países de la cúspide imperialista, sino que también participaron el reparto del mundo de los siglos XIX y XX otras potencias de «menor rango». Así, analizó y expuso toda una serie de «formas transitorias de dependencia estatal», que en el fondo mostraban un sistema de interrelación entre los Estados de la época, con fuertes tendencias a la interdependencia desigual.

Algunos ejemplos de aquella época los tenemos en Portugal, que, aun teniendo importantes colonias en África,

¹⁴ Lenin, V.I., «Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista. 19 de Julio.», en *Obras completas*, vol. XLI, Editorial Progreso, pp. 225-226.

dependía diplomática y financieramente de Inglaterra debido a que Inglaterra ayudó a defender las colonias portuguesas con el fin de reforzar posiciones propias contra España y Francia, y logrando, además, ventas comerciales y mejores condiciones para la exportación de mercancías y capitales en Portugal y sus colonias. Otro ejemplo lo tenemos en Argentina, el cual a pesar de ser un país independiente desarrollaba fuertes dependencias financieras con Inglaterra. Por otro lado, Alemania sostuvo un apoyo a Bélgica (a pesar de ser competidor), con la finalidad de debilitar a Inglaterra. Por contrapartida, Inglaterra apoyó a Bagdad (a pesar de ser una zona bajo su influencia) con la finalidad de debilitar a Alemania.

Podemos ver cómo es Lenin el primero que «rompe» el esquema clásico de colonia-metrópoli, dependencia-independencia y sus demás variantes. A modo de conclusión podríamos decir que el desarrollo desigual del capitalismo transformó las relaciones entre los Estados en relaciones encadenadas entre sí (con diferencias en el papel de cada país), las cuales, ya desde sus albores, se constituyeron en forma de dependencia e interdependencia con un marcado carácter de desigualdad. No obstante, este tipo de relaciones se hallan en constante desarrollo debido a las contradicciones que se dan en el marco del sistema imperialista internacional, por lo que se requiere un abordaje desde un prisma dialéctico.

De esta manera, la dialéctica opera en el conjunto de los Estados que se han incorporado a la pirámide imperialista. No sólo los países en una posición baja o intermedia modifican su posición, sino que también lo hacen los países situados en la cúspide. Una vez más Lenin, en el *Imperialismo fase superior del capitalismo*, señalaba que:

«En su conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es cada vez más desigual, sino que la desigualdad se manifiesta,

asimismo, de un modo particular, en la descomposición de los países donde el capital ocupa las posiciones más firmes»¹⁵.

2.7 Las relaciones de dependencia e interdependencia desigualdad como característica multidireccional

Además de todo lo anteriormente mencionado, la interdependencia parte de una premisa dialéctica: no existen categorías absolutas. Esto implica que ya adentrados en el siglo XXI no podemos hablar de países absolutamente independientes o absolutamente dependientes. Podríamos llegar a admitir alguna excepción puntual, pero al igual que sucede con las colonias, éste es un fenómeno aislado y no una característica constitutiva del imperialismo contemporáneo, ya que ha desaparecido como fase histórica concreta.

Actualmente todos los países exportan e importan capitales, es decir, los flujos de capitales no operan de forma unidireccional. Además, se da un fenómeno paradójico en el que los países que más capitales emiten también son los que más reciben (los datos de la IED son muy significativos en este sentido). A pesar de que podemos encontrar claras descompensaciones en diferentes países, ya que la relación emisión-recepción no es directamente proporcional, existen numerosos países que a pesar de tener más «zonas de influencia» también generan fuertes relaciones «dependientes» respecto a otros países. Un buen ejemplo de esto lo encontramos en muchos de los países que se sitúan en las partes altas de la pirámide imperialista, los cuales establecen fuertes dependencias entre sí, sobre todo relacionado con las fuentes de energía y con ciertas tecnologías de última generación.

Sin embargo, esta interdependencia hemos de abordarla de forma dialéctica, de ahí que la categoría del desarrollo

15 Lenin, V.I., «El imperialismo, fase superior del capitalismo», pp. 445-446.

desigual capitalista adquiere especial relevancia. En primer lugar, los niveles de dependencia son muy distintos entre los Estados que ocupan diferentes posiciones en la pirámide. En segundo lugar, la interdependencia responde también a cierta operatividad política concreta de los Estados vinculada a los intereses generales de la clase dominante. Por último, los grados de dependencia e interdependencia varían en el transcurso de la historia, un país concreto puede ser hoy en un aspecto ser «independiente» y mañana dejar de serlo.

Sintéticamente, podemos decir que la dependencia en sí misma existe, pero no de forma unilateral. En este sentido, la dependencia se da de forma multifacética y en numerosas direcciones, dependiendo de la correlación de fuerzas del momento concreto y de la competencia internacional entre los monopolios. En este sentido, todos los países capitalistas participan en la red de relaciones de dependencia-interdependencia, pero no todos los países generan los mismos niveles de dependencia-interdependencia a nivel cuantitativo y cualitativo.

De esta manera, podríamos considerar esta cita de Lenin como una definición incipiente de lo que concebimos como relaciones de interdependencia desigual:

«Este género de relaciones entre grandes y pequeños Estados han existido siempre, pero en la época del imperialismo capitalista se convierten en sistema general, entran, como uno de tantos elementos, a formar el conjunto de relaciones que rigen el “reparto del mundo”, pasan a ser eslabones en la cadena de operaciones del capital financiero mundial»¹⁶.

2.8 La desigualdad en el poder económico, político y militar

Para concluir hemos de situar los elementos que determinan la desigualdad, es decir, la posición en el seno de la pirámide

¹⁶ Ibid, p. 403.

imperialista. En la red general de relaciones interestatales entre los países capitalistas, la burguesía de cada país dado participa según su fuerza económica, política y militar. La clase dominante de cada Estado sirve a sus monopolios teniendo en cuenta su posición de debilidad-fuerza en el seno del sistema imperialista internacional. A pesar de que todos los Estados participen en el sistema imperialista internacional, nadie niega que los países de la cúspide sean los que «marcan los tiempos y la agenda». Independientemente de la supuesta voluntad del reformismo y la socialdemocracia en democratizar las relaciones internacionales, tal y como situó Lenin, otro tipo de relaciones no son posibles bajo el pragmatismo del capital:

«Bajo el capitalismo *no* se concibe otro fundamento para el reparto de las esferas de influencia, de los intereses, de las colonias, etc., que *la fuerza* de quienes participan en el reparto, la fuerza económica general, financiera, militar, etc. Y la fuerza de los que participan en el reparto no se modifica de un modo idéntico, ya que en el capitalismo es imposible el desarrollo igual de las distintas empresas, trusts, ramas industriales y países»¹⁷.

A nivel económico, como fundamento político del posicionamiento de unos monopolios sobre su competencia, encontramos varios carriles a través de los cuales discurre la riqueza desde unas sociedades a otras; a saber, el señoreaje de divisas, los flujos de plusvalía procedentes de las inversiones de capital, el intercambio desigual a través del comercio, y las variaciones y el tipo de cambio. A través de estos mecanismos se consolida una jerarquía y se van configurando las diferencias en las estructuras económicas de los distintos países.

A su vez, la capacidad de cada Estado en imponer la influencia y de expandir sus intereses monopolistas es fundamental. Igualmente, existen otros muchos elementos económicos que afectan, tales como el tamaño del mercado interno y de los de-

17 Ibid., pp. 438-439

más mercados en los que participa, la estructura nacional de los diferentes sectores económicos, la productividad, el desarrollo científico-técnico y, el grado de concentración y centralización de la producción.

A nivel militar, la capacidad de maniobra a nivel mundial, el desarrollo del complejo industrial-militar y las alianzas en este ámbito son también claves. Por último, a nivel político existen numerosos elementos a tener en cuenta, entre los que se encuentran: las alianzas y uniones en las que se participa, la fortaleza de los Gobiernos nacionales y su estabilidad, la capacidad de someter política e ideológicamente a la clase obrera, etc.

Como última reflexión antes de atender a cómo los fundamentos del imperialismo vistos se traducen en la coyuntura actual de estancamiento, crisis y conflictos interimperialistas, conviene hacer una última reflexión. La historia nos demuestra que la burguesía y sus partidos prefieren adherirse a una determinada unión o alianza imperialista, a pesar de estar en condiciones de desigualdad, con el fin de garantizar alguna «parte del botín» y tener un apoyo político y militar externo en un momento complejo de agudización de la lucha de clases. La lectura coste-beneficio que extrae cada burguesía al analizar esta última cuestión es la que le hace tomar su particular camino en el ámbito de las alianzas imperialistas.

3. Descomposición y guerra imperialista

Tal como hemos planteado anteriormente el imperialismo es un capitalismo que ya ha desplegado sus contradicciones a escala planetaria, ha desbordado los mercados y la acumulación a escala nacional y ha establecido una cruenta división internacional del trabajo. Es por ello que los conflictos bélicos, entre diferentes Estados o en el seno de Estados particulares,

ya no son fenómenos locales, sino que tienen una dimensión global, son dislocaciones en el mercado mundial.

La guerra imperialista, por su parte, está estrechamente ligada a la crisis capitalista, a la descomposición y el estancamiento al que conducen las leyes del movimiento de la sociedad burguesa. La guerra imperialista es la más alta expresión de las contradicciones interimperialistas, la continuación por otros medios de la política de reparto de mercados, esferas de influencia, fuentes de energía, materias primas, etc.; la guerra es la política violenta para revitalizar la acumulación, fomentar la mayor concentración de capital e incentivar inversiones.

3.1. Imperialismo, estancamiento y financiarización

Adentrándonos ya en el segundo cuarto del siglo XXI afrontamos la evidencia de un régimen capitalista definido por la paralización de los salarios, la caída de la participación del trabajo en los ingresos globales, así como también de las tasas de participación salarial en el valor añadido de las principales economías del mundo; a ello se suma también un estancamiento de la productividad y de la rentabilidad del capital. A esta morbilidad que dificulta la asalarización de la clase obrera y la conversión del dinero en capital se acoplan una serie de crisis de diferente índole, como los cada vez más agudos problemas medioambientales o la conflictividad entre clases sociales cada vez más desiguales.

Ahora bien, con este planteamiento no estamos acudiendo a posicionamientos *post* y *neo* «marxistas» de diversa índole, que han negado a la clase obrera como sujeto revolucionario, o que lo han sustituido por la «multitud», o la «sociedad civil». No estamos ante «el fin del proletariado» ni ante la pérdida de la centralidad del trabajo. Precisamente porque el trabajo no ha perdido ninguna centralidad, y sigue siendo la extracción

de plusvalía el mecanismo vital del capitalismo, es por lo que estamos ante estas dislocaciones y crisis.

Para entender mejor esta panorámica conviene hacer una breve contextualización histórica que nos posicione frente al *boom* de posguerra y la Guerra Fría, décadas en las que se fue configurando el sistema imperialista mundial tal como lo enfrentamos hoy. Durante la II Guerra Mundial el tejido productivo estadounidense se vio modernizado por las innovaciones tecnológicas que se habían producido en el periodo de entreguerras y especialmente durante la guerra; mientras otros países se destruían mutuamente en la guerra imperialista más importante de nuestra historia, los Estados Unidos consolidaron su posición hegemónica en la cúspide de la pirámide. Una vez finalizada la contienda Estados Unidos exportó a Europa y Japón sumas de capital y tecnologías nunca vistas, contribuyendo a la modernización y puesta a punto del tejido productivo de sus aliados, con el fin de revitalizar el mercado mundial y extender la influencia de sus monopolios; pero también para frenar la influencia del movimiento comunista entre las principales sociedades burguesas, en un momento en el que éste había sido fundamental en la lucha contra el nazifascismo.

Este *boom* de posguerra fue el que posibilitó que durante dos décadas el llamado bloque occidental fuera objeto de un crecimiento económico sostenido, apoyado fundamentalmente en la producción manufacturera y la expansión basada en las exportaciones. Debe mencionarse que son estos los fundamentos que permitieron la realización de la «revolución keynesiana», y no a la inversa, como plantean socialdemocracia. Este momento es crucial, pues supuso una exportación de capital y tecnología que implicó un exceso de capacidad industrial a escala global; desde Estados Unidos, el centro de Europa y Japón este fenómeno se reprodujo en otras partes del mundo, contribuyendo al aumento de la composición orgánica del capital social total.

El capital fluyó a los países más atrasados de la pirámide imperialista, conforme se desarrollaban nuevas ramas de producción que reclamaban masas obreras montadoras, con unos atributos productivos más simples y baratos; éstas se encontraban en los países que emergieron de los procesos de descolonización o de los programas desarrollistas impulsados por movimientos nacionalistas en regiones como América del Sur u Oriente Próximo. Esta exportación de capital y medios de producción, consustancial al imperialismo, en búsqueda de unos determinados atributos productivos y mayor rentabilidad, afianzó la industria por todo el planeta, arrasó con la pequeña manufactura, terminó de asentar las relaciones capitalistas de producción e intensificó la competencia¹⁸; la producción de bajo coste de estos países pobres abrió brecha en el mercado mundial de la manufactura dominada por las principales potencias imperialistas, y las tasas de crecimiento de la producción industrial en estas comenzaron a estancarse. Dicho de una forma esquemática: al aumentar la capacidad manufacturera global se intensifica la competencia y los precios bajan; esto, tal como expone Marx en su teoría de la caída tendencial de la tasa de ganancia, implica que el coeficiente de ingreso por unidad de capital invertido también baje, disminuye la tasa de ganancia del capital productivo y, por ende, se reducen las tasas de inversión productiva y el motor de crecimiento económico se gripa. Tal como diría Engels: «La sociedad se asfixia, ahogada por la masa de sus propias fuerzas productivas».

En este contexto se produce la quiebra del sistema acordado en Breton Woods y la devaluación del dólar para compensar el desequilibrio comercial que los Estados Unidos comenzaban a sufrir ya entrados en la década de los 70. Poco

18 A este respecto, son siempre ilustrativos los escritos de Marx y Engels sobre el colonialismo, destacando los artículos de Marx sobre la India, como «La dominación británica en la India» o «Futuros resultados de la dominación británica en la India».

a poco, los diferentes países fueron abandonando el patrón oro y las instituciones imperialistas como el FMI o el Banco Mundial comenzaron a imponer «ajustes estructurales» dando entrada en lo que en el lenguaje político común se denomina «neoliberalismo». En este momento comienzan a liberalizarse el comercio y el sector financiero, hipertrofiándose los sectores improductivos o poco productivos, favoreciendo la «terciarización» de las economías, la constitución de grandes burbujas de activos y derivados financieros y la formación de una gran espiral de endeudamiento público y privado, siendo un movimiento lógico del capital ante la baja rentabilidad del sector manufacturero e industrial¹⁹. Este fenómeno ya está advertido por Lenin cuando establece la fusión del capital industrial y bancario como base de la formación de oligarquías financieras con gran poder político, fenómeno verdaderamente familiar para todos aquellos y aquellas que hemos vivido la crisis de 2008, y todos los debates públicos que se formularon en torno a esta cuestión.

Desde 1974, la tasa de ganancia en las principales potencias imperialistas (G7), ha caído en torno a un 20%, mientras que en potencias de segundo rango llegamos al 32%²⁰. Este proceso histórico, que llega hasta nuestros días y se atiene perfectamente a las leyes del movimiento del capital estudiadas por la tradición marxista, echa por tierra las ilusiones de aquellos que abogan por la vuelta a un «capitalismo industrial» frente al presente «capitalismo de casino», una vuelta al programa keynesiano, de reindustrialización. El agotamiento programático y la pérdida de influencia política general de la socialdemocracia es un síntoma de un modelo capitalista que ha perdido el sostén que tenía hace

19 Son muchos los autores que han abordado estas cuestiones. Podríamos mencionar a Robert Brenner, Aaron Benanav, Éric Toussaint o Ezequiel Monteforte.

20 Carchedi, G.; Roberts, M., *Capitalism in the Twenty-first century*, Pluto Press, p. 120.

décadas. El virus es el «sujeto automático» del capital, el cual estrecha las opciones progresistas.

Precisamente la interdependencia desigual y el dominio de unos Estados sobre otros, conforme a la acumulación capitalista, angosta las posibilidades de reestructurar radicalmente el tejido o modelo productivo de un país concreto; no cabe «poner en pausa» la ley del valor, rebobinar la rueda de la historia hacia un capitalismo pre-monopolista, como tampoco la ilusión de desconectar una sociedad política individual de las cadenas de valor internacionales y las leyes por las que se rigen, a pesar de las fantasías de la nueva socialdemocracia, pero también de los «patriotas revolucionarios» o *realpolitikers* que buscan emular tal o cual modelo desarrollista, para contrarrestar el *globalismo* u otras nociones importadas de las redes internacionales de la reacción política, paradójicamente. Viejas y nuevas fórmulas bajo las que se esconden los socialchovinistas de siempre.

Modelos como el chino, que se considera paradigmático de ejemplo «desglobalizador», sin tener en cuenta que los capitales chinos han podido desplegar una estrategia de crecimiento impulsada por las exportaciones y la formación de reservas de divisas, al fijar los tipos de cambio del renminbi con el dólar como principal moneda mundial. El modelo capitalista chino, donde la burguesía es la clase dominante y dirigente, no solo no es exportable, sino que es pieza fundamental de un mercado global donde las finanzas especulativas no pueden ser eliminadas ni sometidas al «poder democrático» pues están fundidas con las cadenas de producción transnacionales. Este contexto pone en jaque a todos los nacionalistas y a todos los socialdemócratas bienintencionados, pero también a aquellos «marxistas» que, afrontando un escenario irreal, creen absolutamente viable y sostenible un Estado socialista completamente abstraído de las dinámicas del imperialismo. Que en su fase inicial una revolución socialista pueda adoptar una *forma* nacional dado el desarrollo desigual del capitalismo, o involucrar a unas pocas

naciones, no significa que sea posible dar soluciones locales a problemas mundiales; el *contenido* de la revolución socialista es internacional y es pensamiento mágico, y nada más que eso, actuar como si fueran a desaparecer las cadenas de la financiarización global porque tal o cual gobernante se proponga crear una banca pública o nacionalizar algún sector estratégico de una economía estatal.

3.2. *El Estado y la guerra imperialista*

«En particular, el imperialismo, la época del capital bancario, la época de los gigantescos monopolios capitalistas, la época de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, patentiza un fortalecimiento extraordinario de la “máquina estatal”, un desarrollo inaudito de su aparato burocrático y militar, con motivo de haber aumentado las represalias contra el proletariado, tanto en los países monárquicos como en los países republicanos más libres»²¹.

Si, tal como reconoce el marxismo-leninismo, el Estado y la política institucional son un momento necesario de la lucha de clases, un medio de la clase dominante para ejercer su poder, reconocemos también que hay una relación dialéctica entre política y economía, frente a la mistificación que plantea una autonomía o separación entre «esferas». El Estado es un entramado de instituciones entretejidas en las relaciones sociales capitalistas, que no puede ser abstraído de las leyes de movimiento del capital, subordinado a las necesidades de la acumulación. «Las anexiones –dice Lenin, y ampliaríamos al grueso de las políticas de los Estados– no son otra cosa que la expresión política y la forma política de la dominación de los bancos gigantescos, derivada del capitalismo de manera

21 Lenin, V.I., «El Estado y la Revolución», en *Obras Completas*, vol. XXXIII, Editorial Progreso, pp. 33-34

inevitable, no por culpa de nadie, sino porque las acciones son la base de los bancos, y la acumulación de acciones es la base del imperialismo». Cuando las contradicciones imperialistas en su misma base se agudizan, así también se recrudece la dominación de clase. La caducidad histórica del sistema imperialista resuena como intervencionismo, reacción y escalada bélica en la «política».

El discurrir del imperialismo se ha empedrado con una serie de crisis –económica, de legitimidad, ecológica– que exigen un mayor intervencionismo del Estado como «capitalista colectivo ideal»; la política institucional se ve amordazada por el movimiento del «sujeto automático» del Capital y cada vez más orientada a mantenerlo. Podemos ver múltiples ejemplos recientes.

En marzo de 2023 se produjo la quiebra del Silicon Valley Bank (SVB), la mayor desde la caída del Washington Mutual en 2008. Al SVB le siguieron la bancarrota de otros bancos regionales en Estados Unidos que requirieron de la intervención de la Reserva Federal para avalar los rescates acometidos por prestamistas privados. Los programas de emergencia de la Federal alcanzaron los 300.000 millones prestados solo en el mes de marzo, superando con creces el volquete de millones que se inyectó en las finanzas globales en 2008. El descalabro se contagió a Europa y se llevó por delante al que era el segundo banco más importante de Suiza, Credit Suisse, que precisó la apertura de una línea de crédito del Banco Nacional Suizo. Aquí vemos cómo el Estado funciona como avalista del capital privado, tal como se vio también en los rescates a la banca durante la crisis de 2008, pero podemos ver este papel también en situaciones aparentemente menos urgentes.

Podemos ver en España un ejemplo claro con el llamado «escudo social», que se ha ido implementando desde la crisis sanitaria de 2020, y que se complementa con la bonificación del consumo privado en sectores como el transporte, turismo

o diferentes formas de ocio. Estos bonos, agradecidos por los bolsillos de una clase trabajadora precarizada y con poder adquisitivo menguante, no dejan de ser ingentes cantidades de dinero público orientados a que sean depositados en las cuentas de los gigantes del audiovisual, el transporte y la hostelería. No digamos ya las ingentes cantidades destinadas en concepto de ayudas directas a la gran industria para compensar su gasto eléctrico o contribuir a su modernización con base en criterios de sostenibilidad, como ocurre también con el transporte terrestre y las ayudas por el incremento del precio de los carburantes.

Esta estrategia encaja perfectamente en lo que la Secretaría del Tesoro de los Estados Unidos defendió como la estrategia económica de la administración Biden, la «economía moderna del lado de la oferta» (*Modern Supply-Side Economics*, MSSE). Frente a los enfoques neoclásicos más agresivos, donde la oferta se potenciaba con la liberalización comercial y financiera, así como también con la privatización de los activos estatales, la MSSE busca estimular el crecimiento de la fuerza laboral y su productividad mediante subsidios gubernamentales. La estrategia industrial se ve dirigida por el Estado capitalista, que interviene para subsidiar o gravar a los monopolios para que cumplan con unos determinados objetivos. En ese contexto se entienden no solo los subsidios masivos, sino también las diferentes tasas o controles comerciales que comienzan a implementarse, o el gravamen a las emisiones de CO₂, o de residuos. La MSSE mantiene la primacía de la inversión privada como motor económico, pero da un mayor papel interventor al «capitalista colectivo ideal», el Estado. A esta estrategia se adscribe la socialdemocracia que se encuentra bajo hegemonía estadounidense, a la espera de los cambios que puedan suponer el advenimiento de la administración Trump. En este marco se entiende mejor ese falso conflicto que suele resumirse como la oposición entre «patriotismo» y «globalismo»; la «desglobalización» y el «multipolarismo», tan cacareados por sectores de todo el espectro político, no son más que la forma que

adoptan las exigencias de la política capitalista, es decir, la política de la acumulación y la competencia, y sus contradicciones.

Ahora bien, el Estado capitalista no solo interviene con el subsidio o el aval, también interviene haciendo la guerra. Conforme la economía política del imperialismo declina, la urgencia por la posesión de los principales recursos y el territorio se acentúa. Debemos tener presente que el «capitalismo de casino», el «tecnofeudalismo», y otras fórmulas anticapitalistas tan vulgares como inexactas, siguen dependiendo de una infraestructura física que lo alimenta y sostiene. Sin recursos minerales, terreno, sin fuentes de energía, etc., no hay Internet, no hay redes de datos, no hay criptomonedas, no hay electricidad.

El petróleo y otros combustibles fósiles suelen ser los protagonistas mediáticos de las agresiones imperialistas de las últimas décadas, pero éstos son sólo una parte minoritaria –aproximadamente una sexta parte– de todos los recursos físicos que se explotan en nuestro planeta. La carrera imperialista por las materias primas se ha calentado en los últimos años, y no todas ellas son especialmente abundantes. En un simple teléfono móvil se integran entre 30 y 120 minerales y metales diferentes, según el modelo; algunos de ellos también son fundamentales en otras tecnologías orientadas al almacenaje de energía o su procesamiento. Paradójicamente, el capitalismo verde, el objetivo de «emisiones cero», etc., depende de mantener la sobreexplotación de tantos otros recursos. El litio, entre los años 2017 y 2022, ha visto cómo se triplicaba su demanda según la Agencia Internacional de Energía; un 70% ha crecido en el mismo lustro la necesidad de cobalto, y para los años venideros esta demanda sufrirá un crecimiento sostenido para tantos otros recursos como el cobre, el níquel, el neodimio, vanadio, antimonio, cromo, selenio, magnesio, etc.

Recursos tan básicos para la vida como el agua son además fundamentales en la explotación de estas materias primas.

Cada tonelada producida de litio precisa de setenta toneladas de agua, provocando carestía en regiones ya de por sí estresadas desde el punto de vista hídrico como América del sur. Merece mención el hecho de que esta sobredependencia de recursos críticos no solo generan daños «colaterales» para el capital, sino «vitales» para nuestra especie, como la escasez de agua dulce, acidificación de los mares, menor fertilidad del suelo, deforestación insostenible, etc. Y el Estado y las asociaciones imperialistas internacionales intervienen siempre en favor de la explotación y el beneficio privado.

Sobra decir que la producción y procesado de estos recursos recaen en unas pocas empresas mineras, en esta carrera imperialista por los recursos participan monopolios y grandes empresas de unos pocos agentes. Entre ellos no solo están los sospechosos habituales del «centro imperialista» anglosajón y europeo, sino grandes empresas públicas y privadas de países tan diversos como Rusia, Indonesia, Congo, Kazajistán, Brasil y, cómo no, China. La escasez de algunos de estos recursos, como el litio o las llamadas tierras raras son un desafío para la sociedad capitalista tal como se ha ido articulando y recrudece las tensiones entre las potencias imperialistas. Y no solo encontramos aquí los conflictos por el territorio y el acceso directo a determinadas explotaciones, sino también por las rutas de transporte, las diferentes jurisdicciones, etc.

Es este el contexto en el que vemos las agresiones militares directas, las amenazas de anexioniones, las llamadas *proxy wars* o guerras subsidiarias y las guerras híbridas, asimismo vemos también el despliegue de arsenales no sólo compuestos por armamentos sino también por sanciones económicas, intervenciones judiciales, golpes de Estado teledirigidos, o guerras mediáticas. Este escenario bélico es el mismo que afrontaron los revolucionarios de todo el mundo antes y durante la Primera Guerra Mundial. Tal como se puede ver en la gran obra *Sonámbulos*, del historiador Christopher Clark, a principios

del siglo XX ya nos encontrábamos ante un mundo multipolar cruzado por todo tipo de alianzas e interdependencias imperialistas, donde concursaban todo tipo de agentes, una realidad que devino en ríos de sangre proletaria en las guerras por el botín de los distintos «polos» imperialistas

Ayer, como hoy, la prensa, los grupos guerrilleros financiados bajo manga por potencias extranjeras, el contrabando ideológico o el auge de organizaciones nacionalistas y xenóforas, eran piezas necesarias para componer un escenario bélico total que, tras culminar con la *pax versallesa*, se dirigió unánimemente contra la amenaza bolchevique y la revolución socialista que había triunfado en Rusia. Ayer, como hoy, los marxistas-leninistas brindamos la ideología para refundar una opción revolucionaria y antiimperialista coherente e independiente para la clase obrera de todo el mundo.

